

## EL REENCUENTRO DE LOS DEMOCRATAS

Discurso del Sr. Ricardo Lagos E. en el lanzamiento del libro  
“El reencuentro de los demócratas. Del golpe militar al triunfo del No”  
en el Salón de Honor del Ex Congreso Nacional, Santiago 5 de octubre de 1998.

Estimado Don Patricio, estimada Sra. Leonor, estimado Andrés, amigos y amigas de la Concertación:

Cuando conmemoramos 10 años del plebiscito, y 25 del golpe, nos hemos juntado en esta reunión para comentar el libro de un gran amigo de todos y de un gran Presidente de Chile.

Me parece que se trata de un libro importante; un trabajo cuya lucidez y seriedad le asegura un lugar en la memoria de lo que somos como país y lo que hemos hecho.

Hay libros cuyo título lo dice todo. Este se llama **EL REENCUENTRO DE LOS DEMOCRATAS. DEL GOLPE MILITAR AL TRIUNFO DEL NO** y uno entiende de inmediato el punto: se trata de la historia reciente de Chile, de la tragedia de la dictadura y de la capacidad de los chilenos y chilenas para reconstruir la democracia.

*“Lo que pretendo, dice el autor, es narrar cómo este país, que rompió su tradicional apego a las instituciones democráticas, que había sido justo motivo de orgullo nacional, fue poco a poco, en un proceso lento y difícil, añorando y valorizando esas instituciones -que muchos habían subestimado- y encontró un camino pacífico para volver a ellas”.*

Estoy seguro que a los lectores le saltarán varias preguntas de inmediato: ¿cuándo fue el desencuentro de los demócratas y qué consecuencias tuvo para Chile y para la democracia? ¿Cómo nos reencontramos los demócratas?, y ¿qué podemos aprender de todo esto que nos sirva para adelante?

Son preguntas importantes para entender nuestro pasado inmediato, pero también son importantes para entender en qué estamos y ver mejor nuestros pasos futuros.

Este pasado inmediato corresponde a la década de los sesenta e inicios de los setenta. Se trata de un período que está de moda criticar; tanto así que con frecuencia nos hemos sumado al coro de críticos, sin distinguir el trigo de la paja.

Estos años estuvieron marcados por una creciente democratización de la sociedad chilena, por nuevas libertades personales y por un intenso desarrollo cultural, en el más amplio sentido de la palabra. Era una época en la que todo parecía posible; una época de la que podemos criticar la confusión de los sueños y la realidad, pero de la que tenemos que rescatar la capacidad de soñar para cambiar la vida.

En ese marco, ¿cuándo fue el desencuentro de los demócratas y qué importancia tuvo para Chile y para la democracia?

Aylwin lo dice con toda claridad: el desencuentro se dio cuando los chilenos y chilenas nos dividimos en función de tres proyectos que los actores de la época plantearon como integrales e incompatibles; cuando ningún gobierno logró interpretar a la mayoría de los chilenos ni contar con su respaldo; cuando se deterioraron los hábitos de convivencia republicana y cuando desde todos los sectores, en mayor o menor medida, se abusó de la democracia.

¡No son cosas menores!, ¡son graves y serias afirmaciones! Las conductas descritas revelan una falta de madurez y sabiduría democrática; muestran más confianza en la mecánica que en la sustancia de la democracia; nos presentan a un liderazgo más interesado en vencer que en convencer.

Digamos que hubo personas que vieron la necesidad de que se unieran los demócratas que querían hacer los cambios necesarios: tal fue el caso de Aníbal Pinto y Radomiro Tomic, pero no fueron oídos.

¿Qué faltó que hicieran los demócratas entonces? Ellos descuidaron algo esencial a la democracia, como es la capacidad de construir amplios acuerdos políticos y sociales que aseguren que todos los puntos de vista sean considerados; acuerdos que permitan llegar a programas y políticas públicas jerarquizadas y financiables y que garanticen el apoyo social del conjunto de los chilenos y chilenas a los cambios propuestos.

Primó el camino propio en cada tercio. Todos fuimos soberbios, porque con títulos insuficientes nos asignamos la representación de Chile, esa que teníamos que haber buscado mejor.

Y en eso estábamos cuando nos fue arrebatada la democracia por la fuerza. Cuando los demócratas discutíamos sobre cuántos chilenos apoyaban democráticamente nuestras opciones respectivas, otros decidieron eliminar las reglas democráticas en Chile y convertir su voluntad en la regla general; en síntesis, establecer una dictadura.

Todos pensamos entonces que perdíamos algo, pero no sabíamos la inmensidad de lo que llegaríamos a perder. Los que creyeron que los costos serían pequeños se equivocaron; los que supusieron que la democracia volvería pronto, se equivocaron. Porque lo que hubo no fue un golpe militar contra el gobierno, sino contra un régimen, contra una forma de vida; lo que hubo fue un golpe de fuerza contra la convivencia democrática.

A este resultado contribuyó el desencuentro de los demócratas. Es una paradoja que los demócratas perdieran todos lo único en que concordaban y no avanzaran en nada sus propias alternativas. El gran perdedor, sin duda, fue el pueblo de Chile.

ii

¿Cómo nos reencontramos los demócratas?

El libro da cuenta de las dificultades con las que reconocimos nuestros errores y lo duro que fue pelear contra la dictadura. Como fue necesario que superáramos las recriminaciones mutuas por lo perdido y aprendiéramos a pelear juntos por lo que nos unía.

Desacostumbrados como estábamos a estar sin democracia, en un primer momento redoblamos nuestras peleas y nos denunciábamos unos a otros como culpables de lo que había pasado. Y mientras tanto sobre el país caía una larga noche de terror y venían largos años de caída del producto por habitante y de empeoramiento de la distribución del ingreso. Chile pasaría a ser más pobre y más injusto. Sería también más triste y se hablaría del “apagón cultural”.

Pero la profundidad de la crisis, el dolor y el desgarró inflingido a todos los chilenos nos obligó a pensar mejor, a darnos cuenta que no había proporción entre los errores y debilidades de los demócratas y el castigo que sufría Chile. Que si hubo culpa, ella debió tener una corrección política y no militar y que, en todo caso, la pérdida era superior a toda culpa; que con el zarpazo dado a la democracia retrocedíamos de golpe a las naciones menos civilizadas de la tierra.

El Cardenal Silva Henríquez planteó de modo diáfano la profundidad del problema de Chile en su valerosa homilía del 18 de septiembre de 1974. En ella dijo que era urgente reencontrar el consenso y reestablecer la libertad, porque en ello estaba en juego “*nuestra alma nacional*”. Nada menos, nuestra alma nacional.

Esta apelación a nuestro ser nacional, a nuestra existencia como chilenos y chilenas precisaba bien la magnitud de la tarea. Era la obligación de los demócratas evitar la violencia descomunal y desproporcionada, pero también era su tarea la de sanar el alma nacional.

Y para sorpresa de algunos, caminamos al reencuentro. Desde nuestro dolor, desde nuestras soberbias humilladas, desde nuestras reflexiones solitarias que de a poco se fueron haciendo comunes.

Ojalá hubiéramos andado más rápido, ojalá lo hubiéramos hecho mejor. Ojalá hubiéramos anticipado el reencuentro de los demócratas, dando la razón al Presidente Allende cuando antes de su sacrificio dijo que *“Más temprano que tarde, de nuevo se abrirán las grandes alamedas, por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor”*.

Y nos reencontramos en el hecho básico de nuestra chilenidad, nuestra hermandad natural, nuestra historia compartida. Y nos reencontramos en el propósito de usar la democracia para sumar, no para restar.

Entendimos del error de confundir el arte del gobierno y la política con los discursos ideológicos y altisonantes, la necesidad de hacer primero lo urgente y necesario y discutir después los puntos finos, las diferencias de visión entre nuestros intelectuales.

Entendimos que los partidos y los movimientos sociales están en la política para impulsar programas con medidas de progreso y bienestar, no para enfrentarse a cada paso sobre visiones supuestamente integrales de la sociedad y aún de la realidad misma, con inmodestia desatada. Que nadie tiene el monopolio de la verdad última y que, en cambio, de todos depende la vida en este suelo. Que esta responsabilidad ética es irrenunciable.

En el libro se recuerda lo que planteó Gabriel Valdés en el Círculo Español el 6 de agosto de 1983. Dijo entonces *“Las corrientes políticas democráticas han hecho su propia autocrítica. Una de las principales causas del quiebre institucional fue su incapacidad de llegar a acuerdos y compromisos políticos, más allá de las diferencias ideológicas, para defender y profundizar la democracia”*.

Mis amigas y amigos, como ustedes saben, junto con nosotros cambió el mundo; la economía internacional se volvió un club al que se puede y se debe pertenecer, transformando así las posibilidades de la política económica. Colapsó el comunismo y se acabó la Guerra Fría, alterando así los referentes internacionales que tanto habían marcado al sistema político chileno.

Resultó entonces que, mientras la dictadura se pavoneaba de haber inventado el mercado y liquidado el comunismo por su cuenta, nosotros, los demócratas, vimos que buena parte de nuestras disensiones del pasado habían dejado de tener sentido.

Este proceso complejo y bien retratado en el libro que comentamos recreó los cauces de continuidad histórica con nuestras propias fuentes. Los principios y la voluntad de cambio persistían, pero los instrumentos eran distintos y sobre ellos nos costó poco estar de acuerdo.

Esto permitió una salida nacional, la que dio cauce a todos los demócratas, también a los de derecha. Como señala don Patricio, *“El camino recorrido no fue el que originalmente queríamos y llegamos a la victoria en el plebiscito después de haber fracasado en varias propuestas anteriores”*. Y más adelante, *“El plebiscito de 1988 fue, en verdad, nuestra última trinchera, después de haber perdido múltiples batallas. Creo que todos hubiéramos preferido triunfar antes y de otra manera”*.

El libro termina con el abrazo que nos dimos al conocer nuestro triunfo en la noche del Plebiscito. Como dice el autor, un abrazo simbólico de la unidad de la Concertación. Ese triunfo marcó el principio del fin de la dictadura.

### iii

Uno termina el libro, lo cierra y se pregunta ¿es posible que los demócratas nos desencontremos otra vez?, ¿podría repetirse este ciclo trágico?. ¿Podría llegar ser necesario volver a escribir sobre el reencuentro de los demócratas, después de quién sabe qué penurias?

Podría desunirnos el pasado. Como en las películas de terror, podríamos ser atacados por los malos recuerdos, la corporización de las malas conciencias. Como si el mundo no hubiera cambiado, podríamos ser objeto de una campaña del terror basada en la mentira, hecha por quienes todavía sienten que la Guerra Fria es su medio natural.

Algunos adversarios políticos de la Concertación, los mismos que encabezaron la peor dictadura de la historia de Chile han buscado sin éxito sembrar cizaña entre nosotros. ¡Qué impudicia, amigos míos, que nos vengan ellos a hablar de democracia y de gobernabilidad!

¡Como si hubiera mayor pecado contra la democracia que la dictadura!; ¡mayor falta contra la seguridad de las personas que los miles de desaparecidos!; ¡mayor despojo que el empobrecimiento masivo de la mayoría nacional!; ¡gobernabilidad más indecente que la apoyada en bayonetas!

Nosotros, en la Concertación tenemos un solo concepto de gobernabilidad, el que expuso el Presidente Frei en la Segunda Cumbre Iberoamericana aquí en Santiago. Ella se basa en el amplio apoyo ciudadano a un programa consistente de cambios, a un programa de gobierno que considera al conjunto de los chilenos y chilenas. Ella se expresa en instituciones y mercados transparentes, perfeccionados cada día para encauzar mejor una democracia participativa, un orden legal justo, y una economía dinámica que haga llegar la producción chilena a todo el mundo.

Ya en 1980 la propaganda de la dictadura afirmó que votar No en el plebiscito de la Constitución de ese año sería volver al pasado. A nombre de los chilenos sin voz respondió el Presidente Frei Montalva en el acto del teatro Caupolicán, Dijo entonces, *“¿Qué ficción tan absurda! ¿Qué país del mundo puede ser retrotraído a años atrás?... ¿No ha sido una dramática lección la pérdida de la libertad?, ¿No han aprendido más de algo los chilenos?*

Sobre este acto nuestro autor dice *“Este fue el primer encuentro del que yo tenga memoria en que en un mismo acto político concurrían chilenos de las más diversas posiciones ideológicas y partidistas”*.

Hoy una parte de la derecha vuelve a reeditar fantasmas del pasado. Como Uds. ven, nada nuevo bajo el sol. Son los viejos trucos de la derecha. Lo hicieron ayer y lo vuelven a hacer hoy.

## iv

Ha llegado la hora de mirar adelante, porque nuevos problemas demandan nuestra atención. Enfrentamos la primera crisis económica desde que somos gobierno. Necesitamos un liderazgo fuerte para hacer las modificaciones institucionales que se requieren en varios frentes y que son pedidas por personas de los más distintos puntos de vista.

No queremos ser como el padre Gatica, que predica pero no practica: así como no permitiremos que personajes del oscuro pasado dictatorial nos impongan opiniones, tampoco seguiremos atados al pasado.

No queremos que los fantasmas del pasado nos enturbien el presente, mucho menos que pretendan determinar el futuro del país. Como señalara Winston Churchill *“Si empezamos una pelea entre el presente y el pasado, correremos el peligro de perder el futuro”*.

La política, nos enseña en este libro Don Patricio, es el permanente encuentro de quienes participan en la democracia. El respeto sin límites a las reglas de la democracia y la búsqueda de acuerdos razonables, para mejorar la situación del conjunto de chilenos y chilenas.

No el acuerdo basado en el temor o en el avasallamiento de las minorías por las mayorías. Un acuerdo basado en la libertad y el respeto a los derechos básicos de las personas, a su diversidad y riqueza, un acuerdo en el que **la libertad nos una**, como dice el poeta.

\*\*\*

Mis amigos y amigas; una de nuestras diferencias con la Derecha es que nosotros queremos encarnar los valores, queremos que se hagan realidad y que no sirvan sólo de buena conciencia a quienes, al mismo tiempo, ayudan a reproducir el atraso y la injusticia. Por eso somos humanistas, porque vemos en la persona humana un fin trascendente, a partir del origen último de nuestras respectivas convicciones.

Esta preocupación por actuar según valores y por encarnarlos es la que explica nuestra mayoría y es una aparente paradoja el que ella también explica el desaliento que a veces advertimos en varios de nosotros. Mientras que una alianza electoral o de administración de las cosas se satisface con facilidad, en la Concertación apuntamos alto, por eso incluso los logros ¡verdaderamente históricos! de nuestros gobiernos no nos bastan.

Y por la misma razón no podemos aceptar conductas que derechamente vayan en contra de los valores perseguidos: la corrupción y la soberbia en lo personal; la complacencia con una realidad que agrade a las familias, o con la actual distribución de las oportunidades.

Debemos revisar serenamente cuanto hemos hecho por hacer realidad nuestros valores en los gobiernos de la Concertación; ser justos con lo logrado y humildes en reconocer nuestras deficiencias. Para ser concretos, debemos considerar tres dimensiones fundamentales: la persona humana, la familia, y el sentido nacional.

En cuanto a la primera, el respeto a la persona humana está en el origen de la Concertación; la lucha por los derechos humanos, la exigencia de la democracia y el rechazo del individualismo corrosivo y la cultura de la agresión, el desprecio y la dominación. Pese a lo mucho que hemos hecho, todavía no reina en Chile un espíritu de solidaridad y tolerancia; con demasiada frecuencia se ve a los demás como instrumentos y no se respeta al hombre y la mujer como fines en si mismos.

Por lo que toca a la segunda, como todos los chilenos, en la Concertación damos una importancia primordial a la familia. Sin embargo, nuestras obras son todavía insuficientes: en cuanto a la derecha, ella habla bien de la familia, pero sus políticas le hacen mal. Todas las familias chilenas requieren protección y mayores oportunidades desde la infancia hasta la vejez, las que no hemos logrado plenamente.

Y en cuanto al tercer aspecto, sólo la Concertación ha sido capaz de plantear un desarrollo nacional, esto es, que incluya al conjunto de chilenas y chilenos. También en esta dimensión hay tareas pendientes para avanzar en la igualdad de oportunidades y para encararlas se requiere participación y liderazgo. Para ello debimos reencontrarnos los demócratas, debimos ser capaces de superar la tentación del camino propio.

Por eso sería imperdonable que falláramos. Si la Concertación dejara de vivir, de crecer, de plantearse temas nuevos, ¿quiénes nos perdonarían? ¿Nos perdonarían las víctimas y los vencidos, los humillados de siempre, los que lucharon contra la dictadura hasta el sacrificio?, ¿los chilenos y chilenos que son Chile a través de sus diarios quehaceres y preocupaciones y que vibran cada vez que sienten un llamado de la patria?

Sepamos entender el mensaje de Patricio Aylwin en este libro. ¡Cuidemos la Concertación!, ¡querámosla como se quiere a la familia, aunque las cosas no sean siempre perfectas!, ¡como una familia, crezcamos juntos en este proyecto común!

Yo sé que hoy día, por las condiciones propias de una competencia que vendrá más adelante, hay quienes se apasionan en la discusión del mecanismo para el acuerdo entre los partidos. Pero nuestra alianza es más que un acuerdo de partidos: es la interpretación moral del pueblo de Chile.

Representa la dignidad de los libres, la rebeldía contra las desigualdades, el sentido de justicia. Por eso, hoy como ayer, la cuestión no está en el mecanismo, sino en su fundamento moral: en la capacidad que tenga para interpretar la dignidad de los libres, su rebeldía frente a las desigualdades, su sentido de justicia. No es sólo la legalidad. Es sobre todo la legitimidad de nuestros acuerdos lo que dará un nuevo impulso a esta poderosa coalición democrática que hemos construido.

En esto reside la solidez de la concertación; en esta base moral debe recidir la solidez de sus acuerdos.

Gobernaremos juntos, como ayer y como hoy; habrá un gobierno que unirá a la DC, al PR, al PS, al PPD, a los muchos independientes de derecha y de izquierda que votarán por nosotros, convencidos que somos el liderazgo que Chile necesita. Así también unirá a quienes desde fuera de la Concertación decidan pasar de la crítica desesperanzada a la acción positiva.

Sabemos que hoy fuera de la Concertación es imposible una democracia estable y con sentido humanista. Pero de nosotros depende ser fieles a nuestra esperanza y hacerla realidad.

¿Qué no pide Chile, que nos piden los jóvenes de hoy? Yo creo que lo mismo que pedía Miguel Angel Solar a nombre de los jóvenes de los años sesenta; *“Te crearé, si haces aquello que te propones”*.

¡Por eso, lo que hemos hecho mal, debemos corregirlo; lo que hemos hecho bien nos obliga a superarnos; lo que hemos hecho a medias, requiere ser mejorado; y lo que no hemos hecho, mis amigos y amigas, lo que no hemos hecho, es ya tiempo de proponerse hacerlo!

Muchas gracias